

Jáime Martí-Miquel.

BA
FH 20-13

LA HERENCIA,

(POEMA ORIGINAL)

Leido en el Ateneo-Casino Obrero de Gijon, en la noche del
9 de Mayo de 1888.



GIJON.
IMP. DEL COMERCIO.
1888.

Jaimé Martí-Miquel

LA HERENCIA

POEMA ORIGINAL

Publicado en el Ateneo Cívico de Gijón en la noche del
9 de Mayo de 1888

IMPRESOR: D. J. GARCÍA

Jáime Martí-Miquel.

LA HERENCIA,

(POEMA ORIGINAL)

Leido en el Ateneo-Casino Obrero de Gijon, en la noche del
9 de Mayo de 1888.



GIJON.
IMP. DEL COMERCIO.
1888.

D. 527 320

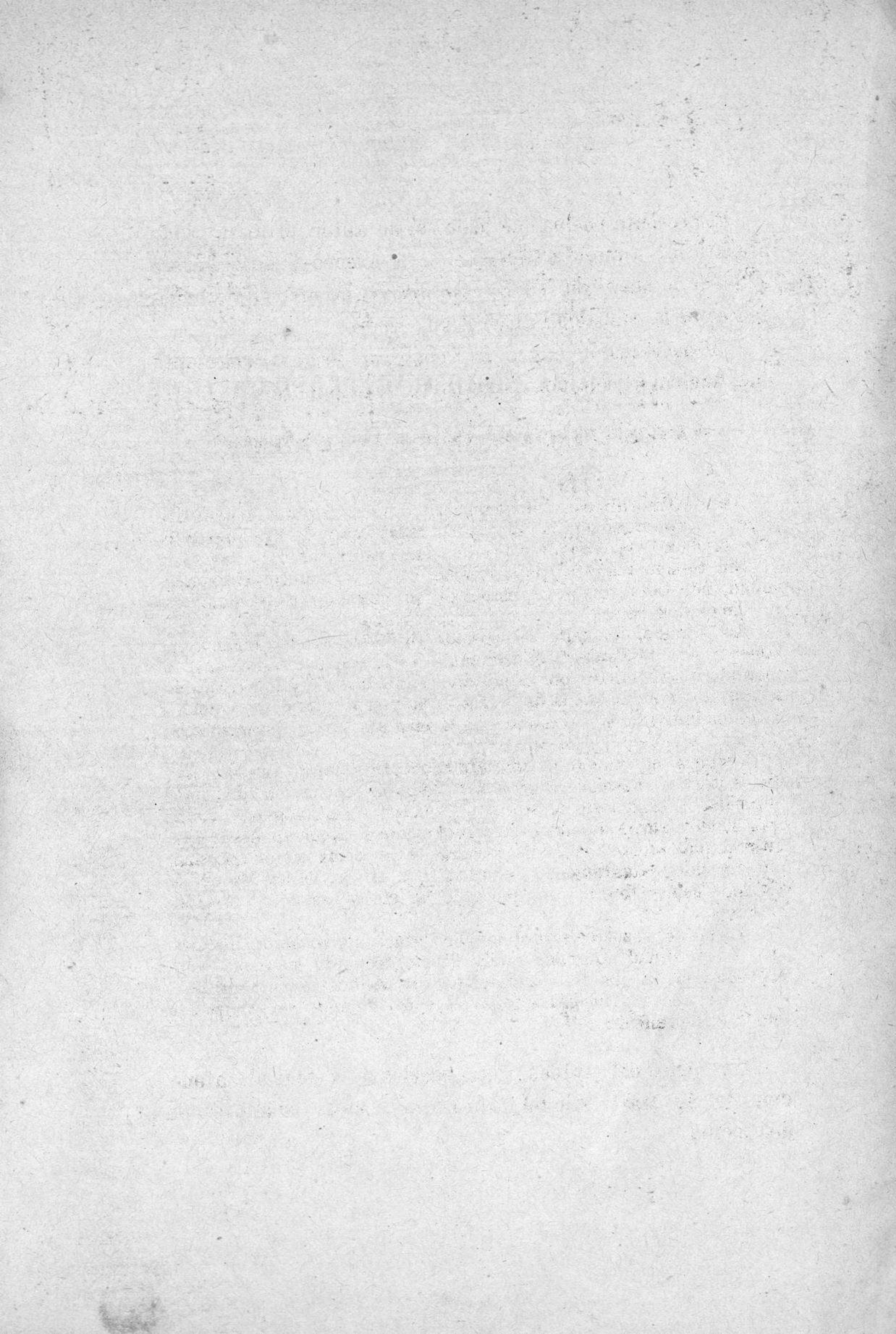
Al Ateneo-Casino Obrero de Gijón

Gijoneses: llevo de vosotros el inolvidable y gratísimo recuerdo de vuestra hospitalidad. Dignaos aceptar como recuerdo mio esta composición, en la que dejo estampados los afectos de mi alma.

Vuestro admirador,

Jaime Martí-Miguel.

Gijón 9 Mayo 1888.



El presente poema fué leído por su autor el distinguido literato D. Jáime Martí-Miquel en el Ateneo-Casino Obrero el día 9 de Mayo de 1888, con motivo de una conferencia acerca de la educacion intelectual.

Un periódico de Gijon, *El Comercio*, decía al siguiente día, haciendo referencia á este acto, lo siguiente:

“LA CONFERENCIA DE ANOCHE EN EL ATENEO.

Ante extraordinaria concurrencia, ocupó la tribuna el eminente literato y orador elocuente D. Jáime Martí-Miquel, cuya presencia fué saludada con nutrida salva de aplausos calurosos.

Sin tiempo material para reseñar como lo merece esta solemnidad, nos limitaremos á ofrecer de ella una ligerísima idea.

Tuvo dos partes.

La primera, un bello é inspirado discurso, constantemente entonado por brillantes pensamientos y profundas sentencias, á menudo interrumpido por espontáneos aplausos del público. Versó acerca de la importancia de la instruccion en la vida de los pueblos y de los individuos; y terminó con la mas afectuosa y sentida salutación al pueblo gijonés.

Despues, el correcto é inspirado poeta, Director de *Las Regiones*, dió lectura al hermoso poema *La Herencia*, escrito en bellísimas quintillas y esmaltado de originales y admirables imágenes, cuyos magistrales trazos conmovieron hondamente á la concurrencia, que interrumpió muchas veces la lectura de la composicion poética, que ha sido galantemente dedicada por el Sr. Martí-Miquel al Ateneo-Casino Obrero, pronunciando al efecto estas ó parecidas palabras:

«Llevo de vosotros el inolvidable y gratísimo recuerdo de vuestra hospitalidad. Dignaos admitir como recuerdo mio esta composicion, en la que dejo estampados los afectos de mi alma.»

A las nueve y media terminó el acto, dejando en todos las mejores impresiones.»

Los sócios del Ateneo, agradecidos á la delicada atencion del Sr. Martí-Miquel, acordaron costear la impresion del poema.



La Herencia.

La suerte le trató mal,
pues su cuna no adornaron
pliegues de rico cendal,
ni campanas repicaron
al darle el agua lustral.

Fué la alegría harto escasa
en su redencion divina;
lloró la madre sin tasa,
y en el techo de la casa
gorgeó una golondrina.

Lo que sentía expresó
cada cual en su terreno;
el ave le saludó,
y la madre deploró
haberle abierto su seno.

Pasó tiempo; el *hoy* fué *ayer*:
¡triste variacion de nombre
que hace los años crecer!.....
murió la pobre mujer,
y el muchacho se hizo hombre.

Por medios que, en consecuencia
permanecen ignorados,
dióse á estudiar con paciencia,
recorriendo de la ciencia
los senderos intrincados.

Sin retóricas figuras
dicen, cuantas criaturas
tuvieron con él que ver,
que era un pozo de saber.....
¡y un pozo de desventuras!

La ciencia, por él honrada,
se tuvo en tan ruin tutela,
que su ropilla, hartó usada,
estaba ya destrozada
y sus zapatos sin suela.

Pero la filosofía
le hizo saber un enjambre
de cosas, que no creía,
y entre otras muchas, sabía.....
¡que el sábio se muere de hambre!

Que este mundo trapacero,
midiendo la excelsitud
del rico ante el pordiosero,
prescinde de la virtud
donde huele que hay dinero.

Que el trabajo es la corteza
del árbol de la esperanza,
con la que todo tropieza,
siendo su sávia la holganza,
que conduce á la riqueza.

Vender sus conocimientos;
para ganarse la sopa,
quiso, con nobles intentos;
pero faltándole ropa,
faltaban merecimientos.

Una tarde, triste, oscura
y fría del mes de enero,
caminando á la ventura,
se internó por un sendero
que cruzaba la llanura.

El horizonte ostentaba
nubes plomizas y rojas,
tras las que el sol se ocultaba,
y el viento arremolinaba
las descoloridas hojas.

Duro el suelo, y con el brillo
de la helada que consume
cuanto aprisiona su grillo,
no daba al viento el perfume
del romero y del tomillo.

Tarde triste y sin bonanza,
de la primavera agravio,
mortaja de la esperanza.....
vió una aldea en lontananza,
y en ella penetró el sábio.

Nadie en las calles habia;
tal soledad un misterio
sin duda ocultar debia;
aquella aldea tenía
no sé qué de cementerio.

Por su deseo guiado
para avanzar se dió traza,
y vió que el pueblo agolpado,
alegre y alborozado,
llenaba toda la plaza.

Dominando el hormiguero
que á su placer daba rienda,
se hallaba un viejo chancero,
sobre un cuadrado tablero,
mitad carro, mitad tienda.

Vendia polvos y sales
de Inglaterra, baratijas,
amuletos especiales
para hacerse amar, sortijas
y perfumes orientales.

Mil objetos caprichosos
que contentan el deseo,
y hacía juegos preciosos,
sorprendentes y vistosos,
de mágia y escamoteo.

La multitud aplaudia;
lo mismo el rico que el pobre,
en su bandeja ponía
cada cual lo que podía,
llenándosela de cobre.

Terminada la función,
fuéronse de igual manera,
aunque en otra condicion,
el charlatan á un meson,
el sábio á una rastrojera.

Y segun cuenta la fama,
tuvo el uno á su albedrío,
buena cena y buena cama;
y el otro bajo la rama
de un roble, tuvo hambre y frio.

Tras un enero otro enero
pasó, y os jura mi lábio
que aquel á quien me refiero,
el sábio, se hizo mas sábio,
pues se hizo titiritero.

Ya en rastrojos no dormia,
ni pasaba ya inquietudes,
ni ayunaba ningun dia;
la varita de virtudes
era su filosofía.

Trocando toda su ciencia
por la ciencia de embaucar,
pasó alegre la existencia,
logrando sin trabajar
dinero é independencia.

Una vez ya retirado,
rióse del mundo entero,
y, viéndole acaudalado,
se le quitaba el sombrero
quien le hubo ántes despreciado.

Hasta un sobrino que un dia
cuando el sábio padecía,
le negó en su negro afan
el parentesco y el pan,
buscaba su compañía.

Pues sucede en conclusion
que en este mundo embustero
el cariño y la pasion
están muy en relacion
con lo que vale el dinero.

Una noche que vagaba
el sábio en la capital
vió cuando se retiraba,
á un pobre niño, que estaba
de una puerta en el umbral.

Con el codo en la rodilla
y en la palma de la mano
apoyada la mejilla,
era un problema en la villa
aquel pobre ser humano.

Aunque entre tanta pobreza
formarle á la suerte plugo,
tal vez le diera grandeza.....
tal vez fuera su cabeza
patrimonio del verdugo.

El sábio le interrogó;
era huérfano, mendigo:
la voz de su pecho oyó,
y se le llevó consigo,
y de su suerte cuidó.

Un dia tras otro dia,
el tiempo lento pasaba,
y en esa eterna porfia
el sábio se derrumbaba,
el muchacho hombre se hacía.

Al porvenir y al presente
siempre atento, con la esencia
del cariño mas vehemente,
dióle aquel toda la ciencia
que atesoraba su mente.

Cuando accion tan meritoria
llevó á cabo por entero,
refrescando su memoria,
contóle al jóven su historia
de vago y titiritero.

De dudas en un abismo,
exclamó aquel: «En conciencia
»obrásteis con imprudencia;
»si pan dá el charlatanismo,
»¿por qué me dísteis la ciencia?»

»¿Qué adelanto con saber,
»si el sábio solo halla ingratos
»que le ayudan á caer,
»y no llega á merecer
»ni estimacion..... ni aun zapatos?»

«Calla—el viejo contestó
»con profética arrogancia;—
»su Gólgota ya pasó
»la ciencia, y de la ignorancia
»el imperio terminó.

»Tú en una época has venido
»para no llevar la cruz
»del mortal envilecido;
»hoy se abre paso la luz
»para el hombre redimido.

»Sucumbió la tiranía,
»mazmorra del pensamiento
»que en la oscuridad vivía,
»hoy trae ráfagas el viento
»de libertad, de alegría.

»Hoy viene un pueblo naciente
»á beber en esa fuente,
»Jordan que le regenera,
»brasa de gigante hoguera
»que aparece en el Oriente.

»El privilegio concluye,
»ya no hay mas ley que el derecho,
»y el mundo vé satisfecho
»cómo la ciencia destruye
»lo que la ignorancia ha hecho.»

.
.

Es una estancia sombría,
un lecho dó en la agonía
un hombre morir espera;
cuatro blandones de cera
luchan con la luz del día.

Sobre la tapia aparece
una oscura silueta,
la soledad se extremece,
una mosca vuela inquieta,
y el moribundo enronquece.

Allí no hay llanto á raudales,
que casi siempre es mentira,
ni preces sacerdotales,
ni salmos penitenciales
que rueguen por el que espira.

Sobre su lecho sentados,
uno de tristeza lleno,
y otro alegre y sin cuidados,
su ángel malo y su ángel bueno
se juegan su alma á los dados.

Empeñada es la partida,
y por ambos defendida
con habilidad y acierto,
que es presa el alma de un muerto
sumamente apetecida.

Dice el ángel malo así:
— «Fué mi tío, y su dinero
»¿á quién corresponde? A mí,
aunque cuando pordiosero,
maldito si le atendí.»

Tira con mano atrevida,
y cuenta *siete*; en seguida
tira el otro de él en pos:
ha perdido la partida,
porque el dado apunta dos.

Regocijado y chancero
el ángel malo se lleva
los montones de dinero
que ganó el titiritero,
poniendo su ingénio á prueba.

El ángel bueno le mira,
al verle salir suspira,
y dice con interés:
— «La herencia del sábio es
»la verdad y la mentira.

» Aunque á negarlo te atrevas,
» insisto, y probarte puedo
» que yo soy el que le heredo;
» tú la mentira te llevas,
» yo con la verdad me quedo.

» Goce tu rapacidad
» y tu mente que delira
» con esa ruin cantidad;
» el dinero es la mentira,
» y la ciencia la verdad.

» El oro, del que es esclava
» en el mundo tu alma impía,
» y que la infamia no lava,
» te se acabará algun día;
» la ciencia nunca se acaba.»

Dicen que en aquel momento,
y lo dicen con certeza
de ocurrir como lo cuento,
movió el muerto la cabeza
en señal de asentimiento.

La luz del día, harto escasa,
llamó á la sombra vecina,
que tendió su oscura gasa,
y en el techo de la casa
gorgeó una golondrina.

Don Adolfo José Cifuentes